
EL PENSAMIENTO DE LOS POBRES EN² UN CONOCIMIENTO QUE CONDUCE A LA LUCHA³

Al acogerles esta mañana tras las paredes de la UNESCO, me doy cuenta de que son casi 25 años en los que ustedes, los académicos, los investigadores científicos, responden fielmente a la llamada del Movimiento ATD Cuarto Mundo. Casi un cuarto de siglo de fidelidad, desvelos y esperanzas compartidos entre ustedes y los ámbitos de investigación que representan.

Nuestro Movimiento, que en 1960 creó su propio Instituto de Investigación, creaba en aquel mismo momento su propia historia de acogida y de colaboración con una red internacional de investigadores externos. Estos investigadores llegaron como amigos y después se convirtieron en colaboradores, primero a título individual. Después, en 1964, sentimos la necesidad de formar un grupo, de hablar y actuar en conjunto, para reforzarnos mutuamente y, al mismo tiempo, para tener más peso en el mundo que nos rodea.

Acogerles en tanto Comité Permanente de Investigación sobre la Pobreza y la Exclusión⁵ no tiene, por lo tanto, nada de particularmente original en la historia de ATD Cuarto Mundo, excepto quizás la noción de «permanente». Aunque todos estábamos de acuerdo desde hacía ya un tiempo, fue en octubre de 1979 cuando expresamos públicamente la necesidad de ver nacer y consolidarse, en la vida pública internacional, un comité que asumiera de manera permanente una función indispensable en nuestras sociedades en todo el mundo.

Sin embargo, no es de la historia del nacimiento del actual Comité ni de la necesidad de que tuviera un carácter duradero de lo que quiero hablarles tras darles la bienvenida, con todo mi corazón, esta mañana. De todo eso ya hemos hablado en el Comité y en los subgrupos desde octubre de 1979 y lo esencial de nuestro pensamiento común está recogido en los documentos que hemos elaborado.

Joseph Wresinski⁴

2. Con esta expresión, Wresinski quiso resaltar la importancia del pensamiento de las personas en situación de pobreza como indispensable en la construcción de un conocimiento que efectivamente conduce a la lucha. (N. de la E.)

3. Palabras de introducción a la reunión del Comité Permanente de Investigación sobre la Pobreza y la Exclusión Social, realizada en la sede de la UNESCO en París, el 3 de diciembre de 1980. El texto original en francés fue publicado en: *Refuser la misère. Une pensée politique née de l'action* [Rechazar la miseria. Un pensamiento político nacido de la acción]. París: Éditions Le Cerf / Quart Monde, 2007, pp. 52-66. El texto en español que reproducimos aquí es una traducción revisada para esta publicación.

4. Joseph Wresinski nació en 1917 en Angers, Francia, en el contexto de una Europa que sufría las consecuencias de la Primera Guerra Mundial y en el seno de un hogar de inmigrantes que vivían en situación de pobreza; su padre fue polaco y su madre, española. Dejó la escuela para trabajar como ayudante pastelero y luego como obrero y ya joven, gracias a la solidaridad de una familia católica, concluyó su escolaridad. En 1946 se ordenó sacerdote e inició así un camino de encuentro y comunión con campesinos pobres en la localidad de Soissons, Francia y en 1956 con los habitantes de un campamento de acogida para familias sin vivienda en Noisy-le-Grand, a las afueras de París. Con estos últimos, en 1957, creó una pequeña asociación que con los años devino en el Movimiento Internacional ATD Cuarto Mundo – actualmente presente en 40 países en África, América, Asia y Europa. Frente al enfoque en la caridad y a las acciones paternalistas que llevaban a cabo la sociedad, el Estado y la Iglesia y que condenaban a los pobres a la dependencia, Wresinski comprendió que la liberación de estas familias pasaba por reforzar sus capacidades para comprender y cuestionar la realidad, y por unirse a otros con quienes actuar. Llamó Cuarto Mundo a este pueblo que compartía la condición de la pobreza, inició proyectos culturales que les permitieran liberar la palabra, y guió y acompañó su acción política. Murió en 1988. Un año antes, el Consejo Económico y Social de

De lo que quiero hablarles esta mañana es de las funciones del Comité o, más concretamente, de una de sus funciones. Se trata de una función que no ha asumido ninguno de los grupos que les han precedido en nuestro Movimiento (y, por lo que sé, ninguna instancia en todo el mundo). Se trata de la función (y, de buena gana diría, del deber) que tienen los investigadores del campo de la pobreza de hacerle un sitio al conocimiento que tienen los más pobres de su propia condición. Hacerle un sitio a este conocimiento, restituirlo como único e indispensable, autónomo y complementario de toda otra forma de conocimiento y ayudarlo a desarrollarse. Y a esta función, como bien lo adivinan, se añade otra: la de hacer sitio, restituir y ayudar a consolidarse el conocimiento que pueden tener quienes viven y actúan entre los más pobres y con ellos. Ciertamente no es la primera vez que hablamos de estas dos partes de un conocimiento integral a las que ustedes [académicos e investigadores científicos], se suman como una tercera parte: la del observador externo.

Pero mirando el trabajo que nos espera estos tres días y también lo que ya hemos emprendido a medio plazo, me gustaría sencillamente clarificar algunas ideas que el Movimiento ha aportado a esta cuestión. Son ideas nacidas y maduras a lo largo de estos 25 años, durante los cuales ustedes han conocido a los más pobres y a la gente de acción. Permítanme detenerme en este punto.

EL CONOCIMIENTO ACADÉMICO Y LA MOVILIZACIÓN PARA LA ACCIÓN

La pregunta que se plantea nuestro Movimiento desde sus primeros años de existencia y que ahora también la aborda nuestro Comité es:

¿De qué conocimiento tienen necesidad los más pobres, los equipos de acción, nuestras sociedades nacionales y la comunidad internacional para combatir eficazmente la pobreza y la exclusión?

Podríamos decir que a lo largo de nuestra propia vida y de nuestra lucha particular hubo un período en el que la respuesta a la pregunta sobre qué tipo de conocimiento se necesita para combatir la pobreza y la exclusión era, en gran medida, que se requiere un conocimiento académico, universitario. De entre nosotros, muchos consideraban que el conocimiento más útil para esta lucha y, por tanto, para la promoción de una política y

de medidas legislativas al respecto era aquel que puede crearse en las universidades y en los centros de investigación. Se esperaba mucho, si no todo, de esta parte del conocimiento al que acceden *los que saben*, los académicos y los especialistas *externos a la realidad de la pobreza*, que ocupan no solo una posición de observación sino también una posición de vida externa.

Este conocimiento se valoraba mucho por su método, rigor, por ser considerado objetivo; y también por su supuesta “neutralidad”. Ante la inmensa complejidad de los problemas y la manera subjetiva que tenían los políticos de apropiarse de ellos y de presentarlos, estas características resultaban una garantía para quienes querían encontrar una verdad objetiva, susceptible de guiar una acción lúcida, verídica y realmente eficaz para los pobres.

La universidad tuvo su gran momento como garante de la construcción de posibles respuestas ante problemas tan difíciles de comprender, fue el refugio para quienes no querían dejarse desconcertar ni inducir a error por las ideologías, sea que fueran dominadoras o dominadas. Tal vez nosotros mismos quisimos, en una época determinada, que nuestras universidades fuesen eso. Seguro que no estábamos equivocados, aunque tampoco teníamos toda la razón.

Pero no es el descubrimiento general de la no neutralidad, de la no objetividad de la ciencia y, en particular, de las ciencias humanas y sociales, lo que hoy nos quita la razón. No es saber hoy que todas nuestras ciencias y nuestras metodologías de investigación están contaminadas por la ideología lo que nos hace decir que no teníamos toda la razón. A nuestro modo de ver, estos son problemas interesantes pero secundarios.

El problema de fondo que apenas hemos reconocido y que todavía hoy no dominamos es que el conocimiento académico de la pobreza y la exclusión –como el de cualquier otra realidad humana– es parcial. Ni siquiera hemos comprendido de modo suficiente que no puede ser más que un conocimiento indirecto e informativo, que le falta la apreciación de lo real, y por lo tanto le falta lo que hace que el conocimiento sea capaz de movilizar y de provocar la acción.

Muchos de nosotros hemos experimentado, en algún momento, una cierta decepción al ver que alguno de nuestros estudios no producía resultados. Pero tal vez no hemos reflexionado lo suficiente en relación a que la investigación académica, en sentido estricto, debe necesariamente dar lugar a una forma de abstracción, a una imagen de la realidad, que vista desde fuera pueda traducir, reflejar en términos generales el sentimiento, el color de las cosas que impulsan a unos a querer actuar para los

Francia adoptó su informe “Extrema pobreza y precariedad económica y social”, documento que sentó las bases de los programas sociales y de lucha contra la pobreza en el país y dio lugar a la política de cobertura universal de salud y de ingreso mínimo de inserción. También en 1987 se inauguró en la “Plaza de las libertades y los Derechos Humanos” en París una placa en la que se afirma que Ahí donde los hombres son condenados a vivir en la miseria los derechos humanos son violados. Unirse para hacerlos respetar es un deber sagrado. Esta acción, a su vez, fue el antecedente del Día internacional para la erradicación de la pobreza adoptado por la Organización de Naciones Unidas y celebrado cada 17 de octubre.

5. El Comité Permanente de Investigación sobre Pobreza y Exclusión Social fue un resultado y un hito importante en la colaboración entre ATD Cuarto Mundo y el mundo académico. Wresinski llegó al campamento de Noisy-le-Grand en 1956 y solo un año después, junto a las familias que vivían allí fundó el Movimiento ATD Cuarto Mundo. En 1960 creó la Oficina de Investigación Social –que en 1966 se convirtió en el Instituto de Investigación y Formación en Relaciones Humanas– y ese mismo año llevó a cabo un coloquio en el que reunió investigadores de diferentes países en torno al tema de la pobreza. En 1961 se realizó un segundo coloquio para debatir sobre las “familias inadecuadas”; ya habiendo concitado atención, éste se

llevó a cabo en las oficinas de la UNESCO en París. En 1964 se realizó el tercer coloquio bajo el patrocinio de la Comisión francesa de la UNESCO, fruto de este encuentro y en el marco de una reunión de la Asociación Internacional de Sociología, se creó la Comisión Internacional de Investigación sobre la Pobreza, presidida por el director del Instituto Nacional Danés de Investigaciones Sociales y con la participación de académicos de la Universidad de Londres y Universidad de Essex (Reino Unido), Universidad de Oslo (Noruega), Universidad Católica de Lovaina (Bélgica), Universidad de Estocolmo (Suecia), Universidad de Columbia y Universidad de Nueva York (EEUU), de la Escuela Práctica de Estudios Avanzados de la Sorbona, París (Francia), el propio Jean Labbens que pertenecía a la Universidad Católica de Lyon (Francia), y personeros de la Oficina de Investigación en Ciencias Sociales de Washington (EEUU) y de la Oficina Internacional del Trabajo de Ginebra (Suiza). Esta comisión organizó varios seminarios: en 1965 uno sobre la cultura de la pobreza, en el centro de conferencias del Ministerio de Asuntos Exteriores francés; en 1966 un grupo de trabajo integrado por Alwine de Vos van Steenwijk –diplomática holandesa que trabajó codo a codo con Wresinski para atraer la atención de las instancias internacionales y el mundo académico hacia los problemas de la pobreza–, Joseph Wresinski y Samuel M. Miller sobre “Pauperismo y relaciones

otros. No hemos reflexionado lo suficiente acerca del hecho de que un conocimiento integral sobre la pobreza y la exclusión debe a la vez informar, explicar y movilizar. La investigación científica no puede transmitirlo todo, debe reconocerse como un componente entre otros; es el componente informativo, “sin vida”, si se puede decir así, porque carecerá de vida mientras no esté acompañado de las otras dos partes del conocimiento: el conocimiento que poseen los pobres, los excluidos, que viven, desde dentro, a la vez la realidad de su condición y la realidad del mundo que se la impone; y el conocimiento de quienes, en los lugares de gran pobreza y exclusión, actúan entre las víctimas y las acompañan.

Cayendo en la trampa de una sociedad que creía en la supremacía del conocimiento académico, nuestras universidades han creído, y nosotros con ellas, que lo que el mundo necesitaba para combatir la pobreza era el conocimiento científico. Y cuando los estudios de los investigadores desaparecían en los cajones de los políticos y las administraciones, sentíamos auténtica frustración. Decíamos que era por razones políticas, por falta de voluntad política por lo que los mejores estudios no llevaban a decisiones favorables para los pobres. Tal vez el error no fue solo de los políticos sino también nuestro, era el carácter de nuestros trabajos lo que no lograba atraerlos a la lucha.

En ningún momento –creo que puedo asegurarlo– las universidades se han dicho que la ineficacia política de sus investigaciones podía atribuirse a que el conocimiento construido de esa forma era un conocimiento instructivo, pero no necesariamente convincente, y que la parte complementaria susceptible de convencer no podía ser aportada por el propio investigador universitario, sino únicamente por los pobres y por quienes trabajan desde la acción.

SIN AUTONOMÍA DE PENSAMIENTO NO HAY COMUNICACIÓN

Es cierto que no todos los investigadores ignoraron estas dos fuentes de conocimiento: la de los pobres y la de las personas de acción. Sin embargo –y esto es lo esencial–, no las reconocieron como autónomas ni dignas de ser desarrolladas por sus propios autores. Prematuramente, convirtieron estos conocimientos en objeto de su propia investigación y utilizaron esta fuente de información para sus propios objetivos, en lugar de considerarlos elementos de investigación igualmente valiosos que sus conocimientos y susceptibles de ser apoyados, hicieron de éstos

un objeto de explotación. En cierto modo lo subordinaron a su misma perspectiva externa, ajena a la vida de los pobres y a la acción desarrollada con ellos. A pesar de su buena fe, explotaron el conocimiento propio de los pobres y de las personas de acción, para los fines de la investigación universitaria. Así, desviaron de su propio objetivo un conocimiento que no les pertenecía y, más grave aún, sin querer, incluso sin saberlo, estos investigadores muchas veces obstaculizaron e incluso paralizaron el pensamiento de sus interlocutores, principalmente porque no reconocieron un pensamiento, una búsqueda autónoma con un camino y unos objetivos propios. No respetaron estos objetivos; trataron a sus interlocutores como informadores y no como pensadores autónomos. Esta es la razón por la que hemos dudado siempre del valor de la información obtenida de este modo.

No haber comprendido esto llevó a problemas de comunicación entre las poblaciones de Cuarto Mundo y los investigadores, y a problemas de colaboración entre los investigadores y las personas de acción. En lo que concierne a la comunicación con las personas en situación de pobreza, estamos convencidos –porque la experiencia de tantos años nos ha convencido de ello– que incluso la observación llamada participante, de los antropólogos y etnólogos, conlleva este peligro de explotar, desviar, paralizar el pensamiento de los pobres, porque se trata de una observación con un objetivo externo a la situación que viven, una situación que ellos no habrían elegido y que jamás definirían del modo que lo hace el investigador. Por lo tanto, esta observación no es verdaderamente participativa porque la reflexión del investigador y la de la población objeto de su observación no persiguen los mismos objetivos. No se trata aquí de un problema de método, sino de una cuestión de situación de vida; y no se puede resolver adoptando otros métodos, sino solamente cambiando de situación. En sí misma, esta observación, que seguramente no alteraría el pensamiento de un grupo que domina bien sus reflexiones y su cultura, tiene un riesgo considerable de perturbar el pensamiento de las personas pobres, que las dominan mucho menos.

Creo que podemos decir que en lo relativo a la colaboración entre investigadores y personas de acción se plantea un problema parecido, y es posible que tampoco en este caso se hayan analizado nunca correctamente las dificultades. Se ha dicho que los equipos de acción difícilmente colaboraban en la investigación porque no veían el interés en ello, porque desconfiaban de la

internacionales” se presentó en el VI Congreso Mundial de Sociología celebrado en Evian (Francia); en 1967, solo dos años después de haber sido creada, la Universidad de Essex fue la anfitriona de otra reunión de esta Comisión Internacional de Investigación sobre la Pobreza. Luego de algunos años en suspenso, a partir de 1977 varios miembros de esta comisión fueron contactados nuevamente por ATD Cuarto Mundo con vistas a la creación de un comité de mecenazgo para el Congreso Internacional de los Niños del Cuarto Mundo, en el marco del Año Internacional del Niño (1979). En este mismo año, luego del IV Congreso Mundial de la Infancia, este comité patronal se convirtió en un “Grupo Permanente Contra la Pobreza y la Exclusión”. En 1980 Wresinski se dirigió a este Comité, formado con gran convicción, en un esfuerzo más de construir una colaboración con el mundo académico que continúa hasta hoy. (N. de la E.)

mirada escrutadora del investigador o de su capacidad para comprender la realidad humana y sus riesgos en la vida cotidiana. Incluso se ha dicho que no se establecía una buena colaboración porque la gente de acción carecía de pensamiento lógico, que actuaba movida por sus intuiciones e impresiones, más que por una reflexión racional.

Puede haber algo de cierto en estas explicaciones, pero me parece que no llegan a tocar el fondo del problema. El problema fundamental reside en que el profesional de acción, para tener una contribución valiosa que ofrecer a la investigación académica, debe ser considerado no como un simple informador sino como un pensador que, ante todo, debe ir hasta el final de su propia elaboración de conocimiento, en función de los fines que él mismo se ha propuesto.

Me temo que incluso quienes, desde la academia, están dedicados a analizar y evaluar las acciones o proyectos y sus resultados corren el riesgo de seguir este camino equivocado. Con demasiada frecuencia su participación llega en un momento que no les permite entender el proceso y se enfrentan a una situación que les resulta totalmente ajena, distinta a cualquiera que hayan podido conocer. La realidad es distinta a todo lo que ellos puedan conocer, porque está marcada por una inseguridad que les cuesta mucho imaginar y respecto de la cual no pueden tener más que unas poquísimas intuiciones. Solo es posible comprender una situación semejante y sus efectos en la medida en la que se ha compartido o vivido personalmente esta inseguridad, o en la medida en que se ha podido participar en el desarrollo de las reflexiones y de los objetivos que persiguen quienes están en la acción, quienes actúan en la lucha contra la pobreza.

Dicho esto, mi propósito no era recordar la fragilidad de los estudios e investigaciones académicas derivada de estas dificultades de comunicación. Mi propósito era recordar que el conjunto de esos estudios e investigaciones, cualquiera que sea su grado de calidad, no puede producir un conocimiento integral. El investigador académico, por sí solo, no es capaz de producir este conocimiento completo que es necesario tener para combatir eficazmente la extrema pobreza. Por eso me gustaría referirme nuevamente a esas otras dos partes del conocimiento que deberían complementar el conocimiento académico, tipos de conocimientos que no pueden constituirse por sí mismos a menos que sean autónomos y se les permita llegar al fondo de sí mismos.

EL SABER DE LOS MÁS POBRES, UN JARDÍN SECRETO

Al reflexionar sobre el conocimiento y el pensamiento de la población del Cuarto Mundo, es importante decir que ni su saber ni su reflexión se apoyan solamente en la situación que viven, sino también en el mundo circundante que se la hace vivir, en lo que es ese mundo y en lo que debería ser para no excluir a los más débiles.

Seguramente no hay necesidad de recordar que pensar y conocer son actos que toda persona puede realizar. Al margen de los medios que la vida le haya proporcionado, toda persona piensa, sabe y se esfuerza por comprender. Cada uno de nosotros actúa para conseguir un fin que es su propio fin, y su pensamiento se organiza en función de ese fin. En este sentido, todo acto de pensamiento es susceptible de ser un acto humano de liberación y, lo repito, porque el Movimiento es testigo de ello en muchas zonas de miseria del mundo: todo ser humano, todo grupo humano, busca hacer realidad ese acto. Por insuficientes que sean los medios que haya recibido para elaborar un pensamiento lógico o hacer un análisis, todo ser humano, todo grupo humano busca su independencia, busca una comprensión de sí mismo y de su situación que le permita alejar las inseguridades y los temores, y controlar su destino en lugar de sufrirlo y temerlo.

Los que piensan que las personas totalmente empobrecidas son apáticas y que, por consiguiente, no reflexionan, que se instalan en la dependencia o en el mero esfuerzo por sobrevivir cada día, se equivocan gravemente. Ignoran las estrategias de autodefensa de las que son capaces los pobres para escapar de la influencia de aquellos de los que dependen, para salvaguardar una existencia propia, cuidadosamente escondida detrás de la vida que despliegan a modo de cortina, detrás de la vida que interpretan para engañar a quien mira desde el exterior. Ignoran el desesperado esfuerzo de reflexión y de explicación de quien no deja de preguntarse “pero ¿quién soy yo?”, que no para de decir “¿por qué me tratan así, como si yo fuera un trapo, un perro, un sinvergüenza? ¿es que soy un sinvergüenza?”. A costa de un doloroso esfuerzo de reflexión, no deja de resistir esas falsas acusaciones que son otras tantas falsas identidades que se le atribuyen, y se repite: “no, no soy un perro, no soy ese imbécil en el que me han convertido; yo también sé cosas, cosas que ellos no comprenderán nunca”.

Al hacer esta afirmación –que sistemáticamente resurge de estas dudas– este hombre embrutecido, extenuado de cuerpo y alma, tiene absolutamente razón, él sabe cosas que otros

nunca podrán comprender, ni siquiera imaginar. Su conocimiento, por poco elaborado que sea, gira en torno a todo lo que representa estar condenado al desprecio y la exclusión, en torno a lo que representan los hechos y los sufrimientos vividos, pero también incluye la esperanza y resistencia provocadas por esos acontecimientos. Conlleva un conocimiento del mundo que le rodea, el saber de un mundo cuyo comportamiento hacia los pobres solo él conoce. Los mejores investigadores, en tanto estén atados a una institución de investigación tradicional, difícilmente pueden imaginar este mundo y, por consiguiente, formular las hipótesis y plantear las preguntas adecuadas. Se encuentran allí ante un campo de conocimiento que no pueden descifrar porque no tienen verdaderamente las herramientas para hacerlo por sí mismos. Se trata, en cierto modo, del jardín secreto de los más pobres, al que solo puede entrar quien cambia de posición de vida y se convierte en colaborador no de un proyecto de investigación, sino de liberación. El investigador es alguien que viene de otro mundo y todo su pensamiento está hecho por ese otro mundo, sin este cambio de actitud no podría acceder a conocer ese jardín secreto, y no solo no podrá entrar sino que además, y sobre todo, no tiene derecho a hacerlo.

Porque ninguna persona tiene derecho, ni siquiera en nombre de la ciencia, a perturbar a nadie en su esfuerzo, tal vez torpe pero obstinado, por desarrollar un pensamiento liberador. Y ningún investigador tiene derecho a aprovechar los esfuerzos de los más pobres por liberarse para luego devolverlos a la servidumbre. Porque, repito, perturbar a los más pobres en su pensamiento, utilizándolos como informantes en lugar de animarles a convertir su propia reflexión en un acto realmente autónomo, es esclavizarlos. Porque, a través de su propio pensamiento, buscan sin descanso su historia y su identidad, y solo ellos conocen una parte esencial de las respuestas a sus preguntas. Esas preguntas sobre su historia y su identidad, mucho más que sobre sus necesidades o incluso sus derechos, se las plantean porque saben, quizás de un modo confuso pero profundo, que es ahí donde encontrarán el camino de su liberación.

No quiero decir que sea equivocado hablarles de sus derechos y preguntarles por sus necesidades, pero todo eso solo puede tener un sentido liberador para ellos en la medida en la que estos intercambios se dirijan a comprender su identidad histórica, la única que puede ayudarles a ser sujetos y dueños de

sus derechos y necesidades. Y es muy importante admitir que no siempre ocurre así. Durante toda la época de la llamada “guerra contra la pobreza”⁶ en Estados Unidos, por ejemplo, no fuimos testigos de una sola investigación propiamente histórica de quienes llamábamos entonces los pobres *hard-core*⁷ y menos aún de una investigación realizada en verdadera colaboración con estos pobres *hard-core*.

En la “Europa de los Nueve”⁸ se interesaron por fin en lo que llamamos la pobreza persistente, es decir, una pobreza que tiene una dimensión histórica de la que deriva, lógicamente, la identidad histórica del subproletariado. Pero todavía no se trata de la dimensión propiamente histórica a la que nos referimos aquí, que solo la podemos sacar a la luz dialogando, de manera sostenida, con las familias del Cuarto Mundo. Nuestro planteamiento no pasa solamente por tender puentes entre la universidad y el Cuarto mundo sino por establecer la importancia de encontrar herramientas y metodologías de recojo de información que se basen en una colaboración sostenida con las familias concernidas.

Ni siquiera en Gran Bretaña –un país que considerábamos ejemplar por su compromiso con la investigación sobre la pobreza–, durante la gran época del llamado Estado del Bienestar, en los años 60, encontramos investigaciones históricas sobre la pobreza. Seguramente el deseo de los investigadores de evitar que los pobres sean segregados dio lugar a definir su identidad a partir de sus necesidades, de lo que no tienen, pero ¿es esto justo o inteligente a la luz de esta identidad histórica de inconmensurable dignidad y resistencia, de esa identidad portadora de un mensaje esencial para toda la sociedad?

No pretendemos criticar, menos aún descalificar los esfuerzos, a la vez inteligentes y sinceros, de nuestros colegas estadounidenses, anglosajones y del continente europeo. Simplemente tratamos de recordar lo que las familias más pobres que forman parte de nuestro Movimiento nos han enseñado: que hablarles solo de sus necesidades, o de los clásicos “indicadores sociales”, sin ayudarles a comprender su historia ni su personalidad común sigue siendo una forma de encerrarlas. Son, de hecho, estas mismas familias las que se dirigen al Movimiento diciendo: “no necesitamos que nos expliquen sino que nos ayuden a reflexionar” e incluso, cada vez con más frecuencia, “es necesario que reflexionemos, porque ellos no podrán comprender nunca”.

6. En referencia a la Ley de Pobreza o Ley de Oportunidades Económicas (*War on poverty*, en inglés) que el presidente L. B. Johnson presentó en 1964 para combatir las tasas de pobreza (19%) que asolaban a los Estados Unidos en ese tiempo. (N. de la E.)

7. Se refiere a las personas en situación de pobreza extrema o pobreza persistente. (N. de la E.)

8. En referencia a Alemania, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo, Países Bajos, Dinamarca, Irlanda y Reino Unido, países que articulaban organizaciones internacionales regionales entre 1973 y 1981 (y que progresivamente fueron sumando a otros países y formaron la actual Unión Europea). (N. de la E.)

RESTITUIR Y APOYAR EL PENSAMIENTO DEL CUARTO MUNDO

A ustedes, investigadores académicos, les corresponde profundizar, explicar esta lección que nos da el Cuarto Mundo sobre su derecho a que se reconozca este ámbito del pensamiento y del conocimiento autónomos. Les corresponde ver cómo apoyarles en su esfuerzo de reflexión. Y es que, aunque el Cuarto Mundo nos dice claramente que quiere llegar hasta el final de su propia reflexión, nunca nos ha dicho que no necesite ayuda para conseguirlo. Al contrario: “ustedes, que aprendieron a reflexionar, enséñennos” es una exigencia que se repite sin cesar, en cualquier lugar en que estén nuestros equipos. Tanto en Guatemala como en Suiza, en Nueva York como en Bangkok o en los barrios pobres de Londres, los más pobres no exigen la presencia de maestros del pensamiento (ya los han visto muchas veces), sino de hombres y mujeres inteligentes, competentes, capaces de proporcionar las herramientas para la reflexión sin inmiscuirse en el pensamiento del otro.

¿Conocemos suficientemente las herramientas y los métodos, la pedagogía de este tipo de procesos? No está claro, y no porque falten precursores en este ámbito. Pero analizando las experiencias realizadas en su nombre en los diferentes continentes, todavía tenemos dudas. Quizá porque las iniciativas llevadas a cabo en nombre de tal o cual proyecto de “concientización” que hemos podido estudiar en América Latina, en India, incluso en Europa, parecen dejar de lado, casi sin excepción, a los más pobres. Tanto si se trata de comunidades indígenas en Colombia o de aldeas de intocables en India, de un *slum* [barrio pobre] en Calcuta o de una región pobre en Portugal, vemos que la población más empobrecida está al margen de tales proyectos. Y esto nos permite también cuestionar el lenguaje y los conceptos occidentales que se han llevado hasta las regiones más remotas del Extremo Oriente o a las comunidades del altiplano en Bolivia, alejadas de toda civilización moderna. ¿Acaso son ellos quienes han inventado este vocabulario extrañamente familiar para nuestros oídos occidentales: “relaciones de fuerza”, “explotación del hombre por el hombre”, “lucha de clases”, etc. Igual que nosotros, ¿no habrían ellos inventado o elegido palabras de su propia cultura?

Nuestro Comité tendría algo que decir sobre este asunto, que podría iluminar respecto de las condiciones de un apoyo auténtico a la reflexión de los más pobres, y que ayude a reconocer

los proyectos que efectivamente favorecen el desarrollo de un conocimiento autónomo del Cuarto Mundo. Creemos también que nuestro Comité puede y debe revelar la importancia del pensamiento de los más pobres, no solo para su propia participación en la lucha contra la exclusión, sino para el conjunto de la sociedad que debe encontrar la voluntad y los medios para combatirla. Esa fue precisamente la pregunta que planteamos al principio: ¿qué conocimiento necesita nuestra lucha común? Sin el conocimiento que poseen y deben poder desarrollar los más pobres, los estudios académicos corren el riesgo de representar un conocimiento parcial, carente de lo que podría hacerlo vivificante, capaz de provocar la acción y la lucha.

Sin querer aventurarme en especulaciones filosóficas ni en consideraciones de psicología social, permítanme exponer, de manera sencilla, las razones que –según la experiencia del Movimiento– hacen que la palabra de los más pobres provoque a la acción, mientras que todos los demás conocimientos no son más que un apoyo.

En primer lugar, en un mundo en el que los llamados a la lucha no hacen sino multiplicarse por todas partes, al contrario de lo que se podría pensar, no son las causas de menos grandeza las que empujan a nuestros contemporáneos a un compromiso serio y duradero. Nuestros conciudadanos quieren comprometerse con lo esencial, es decir, contra el sufrimiento y a favor de la esperanza de los totalmente excluidos. El Movimiento ha podido cobrar fuerza y desarrollarse porque ha denunciado, sin tratar de disfrazarlas, las consecuencias extremas de la pobreza.

Ahora bien, solo los más pobres conocen estas consecuencias extremas. Solo ellos saben toda la injusticia y negación de los derechos humanos; todo el sufrimiento que causa la extrema pobreza. Solo ellos saben qué debe cambiar en los corazones y en los espíritus, en las estructuras y en el funcionamiento de nuestras democracias. Las conclusiones de los estudios académicos que hemos conocido durante 25 años no son sino un débil reflejo, un mensaje distorsionado, si me permiten que lo diga, sobre la pobreza.

Además, si analizamos todo lo que nos han transmitido las familias del Cuarto Mundo podemos darnos cuenta de que su mensaje no es marginal, sino al contrario, es fundamental, esencial y, digámoslo, profético, porque nos habla sobre qué no son nuestras sociedades y sobre qué deberían ser. Algunos de ustedes recordarán los esfuerzos que hicimos para que se admitiera esta idea en el seno de la Asociación Internacional de Sociología en

9. Jona Rosenfeld nació en Alemania en 1922 y vive en Israel (entonces Palestina) desde 1933. Es doctor en Ciencias Sociales y profesor emérito de trabajo social en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Fue consejero científico jefe del Instituto Myers-JDC-Brookdale, un centro de investigación aplicada en Jerusalén sobre política social y servicios humanos. En 1970, Jona Rosenfeld y Joseph Wresinski se conocieron en Suiza en un ciclo de estudios sobre “familias socialmente desfavorecidas”, organizado por las Naciones Unidas. Desde entonces, se instauró una colaboración entre Jona Rosenfeld y ATD Cuarto Mundo que ha fructificado en numerosos proyectos conjuntos, entre ellos dos obras: *Émerger de la grande pauvreté* [Salir de la pobreza extrema] (1989) y *Artisans de Démocratie* [Hacedores de democracia] (1998). Rosenfeld fue panelista también en el coloquio de la Sorbona consagrado al Cruce de Saberes, en 1999, cuando se presentaron los trabajos del primer programa de Cruce de Saberes realizado entre 1996 y 1999, que se publicó como *Cruce de Saberes. Cuando el Cuarto Mundo y la Universidad piensan juntos*, un número de la Revista Cuarto Mundo está dedicado a este coloquio <https://www.revue-quartmonde.org/2543> En años posteriores Rosenfeld compartió con miembros de ATD Cuarto Mundo la metodología que él había desarrollado y denominado “Aprender de los éxitos”, que ayudó a profundizar las acciones del Movimiento. En 2022, durante el acto que marcó su

los años 60, esfuerzos que renovamos luego en el “Programa europeo de investigación y acción piloto de lucha contra la pobreza” en los años 70. El Movimiento propuso un proyecto que consistía en estudiar los medios y condiciones que permitirían a los más pobres de la Comunidad Europea tomar la palabra en vez de tener que esperar a que los investigadores hablaran por ellos. Los representantes gubernamentales de entonces no consideraban todavía que este proyecto tuviera un interés inmediato.

En nuestra experiencia, sin embargo, haber permitido al Cuarto Mundo tomar la palabra y decir sus propias verdades es lo que nos ha procurado tantas adhesiones en todo el mundo. No somos más que una simple organización no gubernamental. Si esta organización ha podido durar y extenderse es porque el mensaje de los más pobres puede convencer, porque es irrefutable precisamente por su carácter integral.

Ahora bien, lo que parece contar siempre en la experiencia de nuestro Movimiento, que se enfrenta día a día a la realidad de esta lucha, es que nuestros conciudadanos escuchan la voz de los más pobres, su palabra más que su traducción a través de un estudio académico. ¿No deberíamos tener la sencillez de admitirlo? Saber que todos en el Movimiento pueden escuchar esta palabra y que nuestra tarea es hacerla trascender es lo que nos procura los apoyos políticos que hemos podido lograr hasta ahora.

El pensamiento de los más pobres es esencial para la comprensión de la exclusión; la palabra de los más pobres es esencial para incitar a la ciudadanía a la lucha. Ayudar a restituir este pensamiento y esta palabra será una de las tareas de nuestro Comité. La cuestión del rol de nuestro Comité se debatirá hoy en el seminario “El Cuarto Mundo en África”; mañana nuevamente cuando hablemos de las políticas europeas sobre pobreza dentro de los estados miembros de la Comunidad Económica Europea; y por tercera vez, en sus dimensiones más profundas, cuando lo hagamos con nuestro amigo el profesor Jona Rosenfeld⁹ sobre las alianzas y las colaboraciones necesarias para la lucha contra la exclusión.

EL SABER DE LOS EQUIPOS DE ACCIÓN

¿Es preciso que me refiera nuevamente a la necesaria autonomía del conocimiento de los hombres y las mujeres de acción? Lo que acabo de decir sobre el derecho del Cuarto Mundo en este sentido es válido también, obviamente, para ellos. Ellos poseen

un pensamiento igualmente único sobre la acción, sobre sus incertidumbres y estancamientos, sobre las reacciones y los cambios, las ideas y las acciones nuevas que provocan su presencia y sus intervenciones. Y es un pensamiento que también necesita ser apoyado por agentes externos competentes, aunque manteniéndose siempre autónomo y libre para perseguir sus propios objetivos. Que los responsables de la acción necesitan esta autonomía para llegar hasta la meta de sus compromisos es algo evidente, como también parece evidente que el Cuarto Mundo necesita tener a su lado equipos libres y capaces de una reflexión autónoma.

Efectivamente, como sucede con los más pobres, se puede hacer de la gente de acción y de sus actividades un objeto de investigación. Incluso se puede, lo hemos dicho, evaluar por ellos los resultados de sus esfuerzos. Sin embargo, lo que me parece que nos debe preocupar es que los estudios académicos, que intentan comprender la acción desde afuera, puedan sustituir el conocimiento que la acción debe tener de sí misma y para sí misma. Este es también un campo difícilmente accesible al investigador, por las mismas razones que le resulta difícil el acceso a la realidad vivida de los pobres.

Sin duda estarán de acuerdo en que el pensamiento propio de la acción es asimismo un componente del conocimiento integral y movilizador que necesitamos para ser capaces de actuar. La sociedad que nos rodea tiene necesidad de este tercer componente, de ejemplos de ciudadanos que se comprometen y a quienes debe escuchar, tanto como tiene necesidad de los aportes académicos. Después de la voz de los más pobres, ¿no es acaso la acción comunicable y que se comunica lo que incita mejor a la acción?, ¿no es ella la que puede insuflar a otros el deseo y el ánimo de ponerse en marcha?

Los investigadores tienen, me parece, un servicio invaluable que prestar, comprometiéndose a reivindicar y apoyar un saber que no es el suyo.

UN COMITÉ MOVILIZADOR

Restituir, apoyar, ayudar a que se desarrollen y se consoliden otras formas de conocimiento; lograr, por fin, la colaboración entre investigadores, poblaciones empobrecidas y equipos de acción –porque si hay esta colaboración cada uno mantiene su autonomía– es, a nuestro parecer, el papel clave que los más pobres exigen a los investigadores académicos, y un rol que

centenario de vida, miembros de ATD Cuarto Mundo hicieron una intervención recuperando esta historia de trabajo conjunto.

el Comité Permanente de Investigación sobre la Pobreza y la Exclusión Social está en posición de profundizar y ejercer en los años venideros. Un rol que no excluye otros, claro está, pero que en este momento histórico parece ser el más necesario e innovador. Nosotros, que hemos reunido nuestras fuerzas y nuestras esperanzas en este Comité, deseamos que sea más que un recordatorio sabio e inteligente de la extrema pobreza, aspiramos a que sea un motor movilizador de la sociedad.